

Octubre 1907 - Diciembre 1908

Colección Ariel

No. 13 - 27

PUBLICACIÓN ECONÓMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL,
ANTIGUA Y MODERNA
en folletos de 32 páginas

PRECIOS:

Número suelto . . . 10 cénts.
Serie de 6 números . . . 50 cénts.
Serie de 12 números . . . 1.00 colón
El abono se hace adelantado

SAN JOSÉ - COSTA RICA - CASILLA

Octubre 1907



Una pasión en el desierto

Cuando el general Dessaix (1) emprendió su expedición sobre el alto Egipto, un soldado provenzal, caído en poder de los Maugrabines (2) fue por ellos arrastrado a los desiertos que están más allá de las cataratas del Nilo.

Con el fin de poner para su propia seguridad suficiente espacio entre ellos y el ejército francés, los árabes forzaron su marcha y apenas se detuvieron después de cerrada la noche. Entonces colgaron su tienda a la orilla de un pozo sobre el que extendían su sombra algunas palmeras, y en cuyas inmediaciones ellos habían escondido de antemano unas cuantas provisiones. Como no se les ocurrió que pudiera su prisionero pensar siquiera en la fuga, los árabes se contentaron con amarrarle las manos, y después de repartirse entre ellos los dátiles y dar el pienso de cebada a sus caballos, se entregaron al sueño.

Viéndolos a todos dormidos, el atrevido Provenzal agarró con los dientes una de las cimitarras, (3)

(1) *José Ma. Dessaix*.—General francés del tiempo de Napoleón Bonaparte. En la campaña de Austria ganó el grado de general y el título de conde.

(2) *Maugrabines*.—Habitantes de Moghreb al Norte de Africa (Túnez, Marruecos, Algeria, etc.)

(3) *Cimitarras*.—Arma de acero, corva, á modo de sable.

serviósse de las rodillas para sostenerla de filo y logró cortar la cuerda que le sujetaba las manos. Una vez libre, echó mano a una carabina, hizo su provision de dátiles pasos y de un saco de cebada, cogió pólvora y balas, ciñóse la cimitarra y montando en el caballo que mejor le pareció, lo echó a galope tendido por el lado en donde se le antojaba que habia de encontrarse el ejército frances. En su ansia por hallar un vivac, tanto apuró al caballo que el generoso animal, que ya habia hecho muy dura jornada, espiró con los ijares rasgados y dejó al provenzal en la mitad del desierto. El soldado frances anduvo algun tiempo por sobre la arena con ese valor del que va huyendo, pero en breve tuyo que detenerse. No obstante la belleza característica de las noches en el Oriente, las fuerzas faltaron al fugitivo apenas hubo ganado una eminencia sobre la cual se destacaban algunas palmas. Las hojas de estas, que él de lejos habia divisado, le habian atraído hasta ahí con la más dulce esperanza. Su fatiga era tan grande que, recostándose junto a una piedra inclinada, quedose dormido sin haber tomado ninguna precaucion para su seguridad durante su sueño. Consistia en que estaba resignado a morir y en que su último pensamiento, antes de dormirse, habia sido el de arrepentirse de haber abandonado a los Maugrabines, cuya vida errante comenzaba a aparecerle risueña ahora cuando ya estaba lejos de ellos y sin socorro de nadie. Despertóle el sol con sus rayos implacables, que, cayendo rectos sobre la piedra, la calentaron intolerablemente. El Provenzal habia tenido la inadvertencia de no acostarse en el lado sobre que debian echar la sombra las palmas verdes y magestuosas que lo habian atraído. Vió el soldado esos árboles solitarios y no pudo menos de estremecerse, pues le trajeron a la memoria los techos elegantes de nuestras catedrales, coronados de largas hojas de columnas sarracenas.

Contado que hubo las palmas y mirado que hubo los alrededores, la más horrible desesperacion se apoderó de su alma en medio de aquel océano

sin costas. Las arenas del desierto, semejantes a un mar de lodo negro, cansaban la vista sin terminar por ningún lado y reverberaban como la hoja de una espada herida por una luz. No sabía si era un mar de hielo o un lago terso como un espejo. Traído por las olas, un vapor de fuego remolineaba por encima de esa tierra movediza. El aire ostentaba un brillo oriental de pureza desesperadora, porque nada deja que desear a la imaginación. Tierra y cielo parecían incendiados. El silencio tenía una magestad salvaje, terrible. El infinito, la inmensidad oprimía el alma por todas partes: ni una nube en el cielo, ni un surco sobre el suelo arenoso. El horizonte mismo, como en el mar cuando todo está sereno, acababa por una línea de luz delgada como el filo de un sable.

El provenzal estrechó el tronco de una de esas palmas como si hubiera sido el cuerpo de un amigo, y luego, a la sombra delgada y recta que extendía el árbol, se echó a llorar, contemplando, sentado y con tristeza profunda, la escena implacable que se presentaba a sus ojos. Dió gritos como para tentar la soledad, y su voz perdida en las cavidades de la colina, devolvió a lo lejos un sonido ténue que no encontró eco. El eco lo tenía él en el corazón. El provenzal sólo contaba veintidos años. Armó su carabina.

—Para ello siempre habrá tiempo! se dijo, poniendo en el suelo el arma libertadora.

Mirando alternativamente el espacio blanco y el espacio azul, el pobre soldado pensaba en la Francia: pensaba en París, a donde él había ido a alistarse en el tiempo más horrible de la Convención; (1) acordábase de las ciudades por donde había pasado, de la sociedad de sus camaradas y hasta de las circunstancias más insignificantes de su vida. No tardó su viva imaginación provenzal en mostrarle su cara tierra nativa, adornada con las flores de la primavera y con la más rica ver-

(1) *La Convención*.—La célebre asamblea que gobernó a la Francia de 1792 á 1795. Su influencia fué poderosa. Con sus enérgicas medidas salvó á Francia de la Coalición Europea.

dura, en los juegos mismos ó como reverberaciones del calor que ondulaban sobre él mantel de plata estendido en el desierto. Preparado contra el peligro de semejante miraje, bajó por la pendiente opuesta a la otra, por donde había subido a la colina el día anterior. Grande fué su alegría al descubrir una especie de gruta cavada naturalmente en los inmensos fragmentos de granito que formaban la base del montecillo. Restos de una estera probaban que ese asilo alguna vez había sido habitado. No lejos alcanzó el soldado a ver palmas cargadas de dátiles, con lo que el instinto que nos apega a la vida se le despertó en el corazón. Figuróse que podría vivir lo bastante para que acertasen a pasar algunos Maugrabines, si no era que antes oía pasar el eco de los cañonazos. Bonaparte recorría a la sazón el Egipto, pero todo parecía posible a ese soldado, porque para él Bonaparte, especie de Dios, podía muy bien hallarse a un tiempo en todas partes.

Reanimado con estos pensamientos, se apoderó de uno de los racimos de dátiles maduros con cuyo peso se doblaban las palmas, confirmándose al gustar ese maná inesperado, en la idea de que su predecesor en la gruta había cultivado esas plantas. Con efecto, la carne delicada y fresca del dátil denunciaba los esmeros de un cultivador. El provenzal pasó súbitamente de la sombría desesperación a un gozo casi loco, subió a lo alto de la colina y se ocupó el resto del día en cortar una de las palmas infecundas que la noche anterior le habían servido de techo. Un vago recuerdo le hizo pensar en los animales del desierto. Ocurriósele que las fieras podían venir a beber en el manantial perdido en las arenas del desierto, y que allí surgía bajo los trozos de rocas, por lo que resolvió resguardarse contra peligrosas visitas levantando una barrera por delante de la puerta de su asilo.

No obstante su ardor y las fuerzas que el miedo de ser devorado durante su sueño le comunicaba, no alcanzó en el día a dividir el dátil sino solo a derribarlo. Cuando al anochecer fué abatido

